

# UNA BESTIA CON LOS NERVIOS GASTADOS

"Nosotros no somos un pueblo débil.  
Nosotros somos un pueblo fuerte".

Richard Nixon

Por JOSE RICARDO ELIASCHEV



**F**UE exactamente a las 0 hora de Greenwich, en la madrugada del 1º de mayo. En ese preciso momento, el Mayor General Elby B. Roberts ordenó —en su calidad de comandante de la I División de Caballería Aérea (1) de los Estados Unidos— cruzar las fronteras y penetrar el territorio de Camboya. Junto con este grupo bélico de infantería mecanizada se adjuntaban a la operación varias brigadas del XI Regimiento de Caballería norteamericano y varias unidades sudvietnamitas provistas por el régimen de Saigón: un total que oscilaba entre los 8.000 y 10.000 soldados. El dispositivo de invasión, codificado por el Alto Mando norteamericano como "Operación Prometeo" y por los generales sudvietnamitas con el regocijante apelativo de "Operación Victoria Total", no era más que el cumplimiento de las órdenes hechas públicas un par de horas antes en Washington D.C. por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas norteamericanas, el presidente Richard Nixon, quien en un mensaje a la nación explicó que se trataba de "limpiar los principales santuarios enemigos situados sobre la frontera entre Camboya y Vietnam".

La historia, se sabe, comienza el 18 de marzo último, cuando un golpe de estado incruento pone en el poder de Phnom Penh al general Lon Nol y al príncipe Sirik Matak, en ausencia del titular del trono, el príncipe Norodom Sihanouk, que seguía un tratamiento médico desde el 10 de enero en Francia. En un país como Camboya, aferrado a un imposible estatuto de neutralidad, el incendio que recorre el sudeste asiático no podía sino llegar algún día. Y llegó. Sihanouk levantó vuelo desde París, en dirección a Moscú y Pekín, intentando detener lo irreversible: Lon Nol y Sirik Matak eran los nuevos hombres fuertes de Camboya y su gestión al frente del pequeño reino no hacía, en definitiva, sino clarificar el conflicto colonial de la península indochina.

Desde ese 18 de marzo, la guerra (una guerra anticolonial, una guerra revolucionaria, una guerra de salvación nacional, todos estos conceptos se complementan y equivalen en Indochina) extendió su escenario a toda la península. El grupo Lon Nol-Sirik Matak contó en un principio con cierto apoyo de la burguesía camboyana y extendidas capas de la burocracia y la clase media; el anterior gobierno de Sihanouk no había sido, precisamente, un modelo de eficacia y honestidad, por lo cual no resultaba difícil en las primeras semanas aglutinar a la gente en torno a un equipo que pretendía romper con el pasado. Pero la propia naturaleza minoritaria y golpista del equipo instalado en Pnom Penh encontraba su "razón de ser" en el rol que la estrategia del Pentágono le había asignado. A partir de su instalación en el poder, Lon Nol debía avanzar rápidamente en la creación del clima que el Alto Mando norteamericano requería como condición previa a la invasión de Camboya. La estrategia se revelaba fácil, casi obvia: explotar los peores sentimientos xenófobos de los cam-

boyanos, agitar el fantasma del "invasor" vietnamita, abrir paso sin escrúpulos a la matanza indiscriminada de ciudadanos vietnamitas (10% de la población del país), montar el espectáculo de una "nación indignada" ante su soberanía "violada" por los guerrilleros del FNL y los soldados de la República Democrática de Vietnam (RDV). La masacre tuvo, entonces, vía libre: con todo cinismo el gobierno de Lon Nol informó —a través de una carta enviada por su ministro de relaciones exteriores, Yem Sambaur, a Tran Van Lam, su equivalente en Saigón, el 27 de abril pasado— que 3.554 vietnamitas no combatientes habían sido asesinados desde el golpe de estado (2). La única excusa que daba Sambaur en su carta era que "es muy difícil distinguir entre los vietnamitas pro comunistas y aquellos que no lo son". Pero la franqueza de la declaración sólo pretendía soldar los nuevos vínculos que unen a ambos regímenes: "Tengo la convicción —concluía Sambaur— que una nueva era de amistad está por comenzar entre nuestros dos países y promete mejores relaciones entre nuestros dos gobiernos". Saigón, por supuesto, "comprendió" muy bien, estaba preparado para ello.

Pocos días antes, Saigón había declarado que en relación a la masacre de vietnamitas en Camboya había que tratar las cosas "con discreción y delicadeza", mientras 57 de los 75 diputados del régimen solicitaban al gobierno de Vietnam del Sur que interviniese para detener la matanza (3).

Mientras Pnom Penh cumplía, pues, los requerimientos exigidos, tácita o explícitamente, por sus mandatarios de Washington, la rebelión se extendía a todo el país, mientras se incrementaba rápidamente la formación de organizaciones guerrilleras khmers dispuestas a luchar abiertamente contra el nuevo régimen golpista. Apenas 10 días después de la eliminación de Sihanouk, la camarilla militar mantenía un lenguaje abiertamente equivoco, para dar tiempo a que la ofensiva contra las fuerzas patrióticas se preparase con tiempo. De tal modo, el príncipe Sirik Matak, Nº 2 del régimen, no tenía dificultades en declarar en un reportaje que él no creía que las relaciones de Camboya con el Vietcong, Vietnam del Norte y China debiesen transformarse radicalmente, puesto que "el territorio de Camboya no está destinado a la guerra" (4).

Los hechos se fueron sucediendo sin pausa. En abril 21 el presidente Nixon hizo un anuncio sorpresivo: en los próximos 12 meses ordenaría el retiro de 150.000 soldados norteamericanos de Vietnam. Según esos cálculos, para la próxima primavera quedarían en el teatro de la guerra 284.000 soldados, mientras que el cuerpo invasor norteamericano ascendía en enero de 1969, cuando Nixon

(2) William J. Coughlin, "Camboya responsabiliza del crimen de 3.500 a los comunistas", en Los Angeles Times, abril 28.

(3) "El Frente de Liberación quiere derribar al régimen de Lon Nol", en Le Monde, abril 21.

(4) "No hay cambio profundo en la actitud internacional de Camboya", reportaje de Francois Debé al príncipe Sirik Matak, en Le Monde, marzo 29.30.

(1) "Caballería Aérea", quiere decir, obviamente, tropas blindadas aerotransportadas.

asumió su cargo, a 549.500 hombres (5). Pero el discurso de Nixon era abiertamente intimidatorio, estaba mechado con una clara soberbia triunfalística y contenía un nuevo elemento de análisis, que no escapó a algunos observadores: el retiro de las tropas estaría sujeto al hecho de que Vietnam del Norte y el FNL no pusiesen en peligro, al incrementar su acción militar (palabras de Nixon), en Vietnam, Camboya y Laos, a las tropas norteamericanas remanentes. Había nacido, ya, la teoría del "área indochina": la Casa Blanca presumía que la "seguridad" de toda la zona estaba adjudicada a su condición de gendarme. Esto significaba, en otras palabras, que el publicitado programa de "vietnamización" de la guerra era sólo un instrumento de propaganda y que, militarmente, sólo las botas de los soldados norteamericanos permitían un sueño relativamente tranquilo a los oficiales del Pentágono y del Alto Mando en Vietnam.

### LA PREPARACION DE "PROMETEO"

Ni bien se conoció en Saigón el discurso de Nixon, el presidente Nguyen Van Thieu se apresuró a declarar que "tenía esperanzas que las naciones aliadas (sic) proveerían ayuda más satisfactoria en todos los campos para colaborar con los vietnamitas a que se defiendan". Thieu no estaría al tanto, quizá, de la jugada norteamericana; según él y su gobierno títere sólo la fórmula "fuerza y vigilancia" llevarán a una "paz" más o menos honorable para los Estados Unidos, en Vietnam. Este y no lo otro era el punto de vista, tal cual lo indicó claramente nada menos que *The Washington Post*, de la mayoría de los oficiales norteamericanos que conducen la guerra en el terreno. Según el diario (6), son precisamente quienes, desde el costado norteamericano, llevan el peso de la guerra, los que no creen que la misma se termine en un final formalmente negociado. Y, en muchos sentidos, hay que decir que tienen razón.

La escalada siguió con rapidez; el 24 de abril el gobierno de Pnom Penh solicitó formalmente a Washington que bombardease con sus B-52 las zonas en las cuales se encontrarían los cuarteles generales del FNL, a la vez que decía haber localizado "con precisión" esos lugares en territorio camboyano. El mismo día, Saigón anunciaba que el régimen de Lon Nol había aceptado el viaje de una delegación oficial sudvietnamita, cuya misión no sería otra que concertar el "apoyo" del régimen de Thieu a sus ahora colegas de Pnom Penh. Esa delegación, cinco dirigentes presididos por Tran Nguyen Phieu, llegó el 26 de abril a Camboya. Un día más tarde, el 27, otro régimen títere, el de Seúl (Corea del Sur) se plegaba "espontáneamente" al coro: ese día, el ministro de relaciones exteriores, Kuy Hah Choi, expresó "la profunda preocupación" de Corea del Sur ante la situación de Camboya y anunció que su gobierno estudiaría cuidadosamente cualquier demanda de Washington o Pnom Penh

para correr en ayuda del régimen de Lon Nol. Como se sabe, Corea del Sur es el protectorado norteamericano que, luego de Vietnam del Sur, tiene mayor cantidad de tropas comprometidas en la guerra de agresión del sudeste asiático. El domingo 26, según *The Sunday Times* (7), el presidente Nixon seguía "hesitando", mientras soportaba una "fuerte presión de los líderes militares en Washington y Saigón para dar una sustancial ayuda oficial al premier Lon Nol en Camboya".

Acerca del compromiso directo de los norteamericanos, hubo cierta confusión en los medios informativos. Desde Pnom Penh, el corresponsal Henry Kamm informaba en *The New York Times* (8) que la mañana del 23 de abril habían aterrizado los tres primeros aviones militares de transporte despachados por la U.S. Air Force para el régimen de Lon Nol, los cuales provendrían de Saigón o de Bangkok (Tailandia). Para la agencia Reuter, en cambio, fue recién el lunes 27 (9) que un C-130 norteamericano se posó en las pistas del aeropuerto de Pnom Penh y descargó 24 grandes cajones con material de guerra. En cualquier caso la diferencia de 96 horas no modifica nada: el mecanismo de la invasión funcionaba perfectamente, al menos en los preparativos previos, y la hora 0 del Día D se aproximaba. En el Pentágono, los oficiales del Estado Mayor Conjunto sonreían satisfechos, especialmente el general Earle Wheeler, su jefe.

Alguna gran prensa se equivocó gravemente; el veterano corresponsal Louis Heren escribía en *The Times* dos semanas antes de la invasión (10): "El señor Nixon puede encontrarse ahora en sus manos con otra zona de guerra, pero los temores de la nación acerca de una posible intervención en Laos deben haberlo convencido que si acude en socorro del general Lon estaría suicidándose políticamente".

Fuentes militares informaron que el grupo encargado de establecer la cabeza de puente, la I División de Caballería Aérea, había recibido completas instrucciones operativas el 24 de abril, una semana antes de iniciarse la invasión. El despliegue bélico fue impresionante: 82 piezas de artillería pesada (la más grande masa de artillería vista en una sola área desde la Segunda Guerra mundial, según declaró el jefe de la División, general Roberts) fueron emplazadas en ambos lados de la frontera traspuesta por las tropas norteamericanas. Varias horas previas a la invasión, olas de B-52 "aclaron el panorama" y "ablandaron el terreno"; unos minutos antes, decenas de cazabombarderos F-4 y F-100 lanzaron sus proyectiles contra 148 objetivos previamente planificados. Y luego entraron

(7) Henry Brandon, "Camboya pide a EE. UU. que bombardee al Vietcong", en *The Sunday Times*, abril 26.

(8) Henry Kamm, "Tres aviones traen las primeras armas de ayuda a los camboyanos", en *The New York Times*, abril 24.

(9) "Por primera vez, un avión militar norteamericano desembarcó el lunes material en Pnom Penh", en *Le Monde*, abril 28.

(10) Luis Heren, "Los EE. UU., preocupados, buscan un "área de solución" en el sudeste asiático", en *The Times*, abril 15.

(5) Murrey Marder, "Nixon cubre sus flancos al estallo militar", en *The Washington Post*, abril 22.

(6) Robert G. Kaiser, "Thieu pide más ayuda a sus aliados", en *The Washington Post*, abril 23.

los batallones de la I División; se trata de una fuerza de más de 400 helicópteros, una unidad única en el mundo en la cual —según el especialista Murray Sayle (11)— “el Alto Mando norteamericano ha cifrado siempre sus esperanzas de restaurar su deteriorada reputación militar”. Según el mismo articulista, la I División “ha sido específicamente creada como la respuesta de la sociedad tecnológica a los problemas planteados por la guerra de guerrillas”. Funciona así: los soldados son transportados, en grupos de 6 a la vez, en pequeños helicópteros HU 1E, mientras que armas, municiones y equipos de radio, además de los obuses de 155 mm, viajan en los llamados “Cerdos” (helicópteros Chinook). Ambos helicópteros, con soldados y equipo, son a su vez ascendidos por los gigantes Sikorsky, tipo “grúa”. Este formidable equipo de transporte aéreo es usado por una dotación de 20.000 hombres, un cuarto de los cuales son mecánicos y se considera que la división está en condiciones de avanzar a razón de 97 Km. por día en condiciones de guerra muy duras y en cualquier tipo de terreno.

Sin embargo, en las oportunidades anteriores en que fue arrojada a acciones de guerra, su formidable poderío quedó en los papeles. En abril de 1968, el Alto Mando envió a la I División a Khe Sanh, encargada de rodear un vasto regimiento de combatientes nordvietnamitas; meses más tarde entró en acción en el valle A Shau, directamente dirigida por el general William Westmoreland, quien se despedía de Vietnam con esa batalla y estaba ansioso por obtener un triunfo fácil y ruidoso. En pocos días, la I División perdió 140 helicópteros, un desastre al cual contribuyó el mal tiempo, la entreverada vegetación de la jungla que impedía los aterrizajes y —fundamentalmente— el cerrado fuego de tierra con que fue “recibida” por los guerrilleros vietnamitas.

### NATURALEZA DE UNA DECISION

Los Estados Unidos ya no pueden ganar su guerra de agresión en el sudeste asiático, a riesgo de provocar un conflicto generalizado con la agresión militar a la República Popular China. Peor, el Alto Mando en Vietnam y los jefes del Pentágono se niegan cerrilmente a aceptar que desde una perspectiva conjunta diplomática-política-militar el destino reservado a los EE. UU. en toda la península indochina es el de una derrota. Para alterar el sentido de estos hechos, el presidente Nixon ha debido acudir a una de las más groseras mistificaciones del lenguaje que se hayan conocido en el siglo. “No es nuestro poderío —dijo Nixon al anunciar la invasión— sino nuestra voluntad y nuestra fuerza de carácter que están hoy en prueba. La pregunta que deben plantearse todos los norteamericanos y a la cual deben responder esta noche es ésta: la nación más rica y más fuerte de toda la historia de la humanidad, ¿posee la fuerza de carácter necesaria para hacer frente a un desafío llevado a cabo directamente por

un grupo (sic) que rechaza todo esfuerzo verdadero a establecer una paz justa, ignora nuestras advertencias (sic), no cumple acuerdos solemnemente concluidos, viola la neutralidad de un país desarmado y utiliza nuestros prisioneros como rehenes? Si nosotros no hacemos frente a este desafío, todas las otras naciones estarán en conocimiento de que en caso de verdadera crisis y a pesar de un inmenso poderío no podrían contar con los Estados Unidos” (12).

Así que, convenientemente aerotransportada en helicópteros, la “voluntad” y la “fuerza de carácter” de los norteamericanos han enarbolado sus banderas en Camboya. Oficialmente, la argumentación gira en un esquema de tres soluciones posibles de las cuales se ha optado por una ante la emergencia que la Casa Blanca calificó como “invasión extranjera” a Camboya, o sea la acción de fuerzas patrióticas conjuntas camboyano-vietnamitas: a) no hacer nada, en cuyo caso los “bravos muchachos” (calificativo con el que Nixon suele llamar a las tropas agresoras estadounidenses en Vietnam) estarían en peligro en su retaguardia; b) enviar armas y equipo al régimen de Lon Nol para hacer frente a la sudicha “invasión”, solución precaria por el desprecio que tiene el Pentágono frente al débil régimen de Pnom Penh y su pequeño ejército, c) intervenir directamente y masivamente en Camboya, limpiar y aniquilar los llamados “santuarios” de las fuerzas patrióticas y luego regresar, dejando que otra vez Camboya haga uso de su “neutralidad”, mientras la guerra se descongestiona grandemente en Vietnam.

Esta última opción fue la que eligió Richard Nixon, o mejor dicho: esta es la fórmula impuesta por el Pentágono, el auténtico poder que gobierna los Estados Unidos.

El elemento clave que se desprende de una primera observación es que los Estados Unidos atacan en Camboya para garantizar el retro de sus tropas en Vietnam del Sur. En otras palabras, se trata de aquella jugada que el ajedrez llama “enroque”, de acuerdo al punto de vista de la Casa Blanca. La tesis es exageradamente ingenua o, mejor dicho, implica demasiado mala fe para ser tenida en cuenta, pero sin embargo, representa —hoy— el punto de vista oficial en los EE. UU. Así, las fuerzas norteamericanas estarían haciendo el “esfuerzo” camboyano para que el programa de retiro de 150.000 soldados pueda ser mantenido en pie. Este programa, a su vez, no sería otra cosa que la demostración que la guerra se ha vietnamizado, o sea que el régimen de Saigón puede ir haciendo frente, poco a poco, a las exigencias del combate contra las fuerzas patrióticas del FNL. Por esto Nixon ha insistido en que la invasión duraría de 6 a 8 semanas: el 1º de julio, pues, las tropas norteamericanas deberían cruzar la frontera en dirección contraria, habiendo “limpiado” los famosos santuarios. La afirmación, claro, carece de toda seriedad. Lo que ha estallado en Camboya es una guerra popular de liberación y

(11) Murray Sayle, “Camboya: por qué se metió Nixon allí”, en *The Sunday Times*, mayo 3.

(12) “Texto del discurso de Nixon sobre Camboya”, en *International Herald Tribune*, mayo 2-3.

este tipo de guerras (como lo ha comprobado Washington luego de casi 10 años de agresión a Vietnam) no pueden ser liquidadas en 8 semanas por eficaces y contundentes equipos de guerra "tecnológica". De esto se desprende con claridad que la expedición norteamericana durará más de 8 semanas, mucho más tal vez. Casi hoscamente, lo reconocía **Le Monde** (13): "Los nordvietnamitas no se comportan como los rusos en Praga. Prefieren armar a los campesinos, antes que establecer un régimen fantoche. Esta concepción no parece haber sido comprendida, o admitida, en Washington".

Nadie, en realidad, pudo compartir en Occidente la enloquecida decisión de invadir Camboya. Indignado, editorializaba **The Times** (14): "Civiles con los ojos vendados, agrupados como ganado para ser interrogados, campesinos asustados e implorantes, daño indiscriminado producido por los bombardeos masivos, todo esto da la impresión de hacer más distante el retiro de las tropas que el señor Nixon estuvo anunciando hace pocas semanas, a pesar de todo lo que crean él y sus consejeros militares acerca de que esta invasión servirá mejor para asegurar dicho retiro".

Desde el punto de vista estrictamente militar, resultaba evidente que las fuerzas patrióticas no presentarían combate frontal al invasor; la sola penetración de éste en un terreno desconocido y su premura por cumplir las etapas marcadas por el Alto Mando sólo contribuirían a agudizar su empanantamiento, a corto o mediano plazo. Y luego del empanantamiento, se sabe, sucede la contraofensiva de las fuerzas patrióticas, tal cual ha venido sucediendo matemáticamente en Vietnam del Sur. Cualquiera éxito, pues, tiene hoy en Camboya para los invasores norteamericanos una relatividad asombrosa, como lo reconocen autorizados comentaristas: "Aun si la operación se demuestra exitosa y efectiva por algunos meses de aquí en más, los nordvietnamitas tienen la capacidad de retomar el control de sus santuarios en Camboya. También pueden lanzar un contraataque en algún lugar, posiblemente cerca de la Zona Desmilitarizada, o dentro de Vietnam del Sur" (15). Otros corresponsales, como el ya citado Louis Heren, son más precisos en sus temores: "La esperanza es que el verano (junio-septiembre) no traerá más sorpresas desagradables, pero la época de la estación sin lluvias, cuando Hanoi podría volver a la ofensiva en los tres países (Vietnam, Laos, Camboya), está a sólo 6 meses". Pero es que, cabe preguntarse, ¿son serias las afirmaciones de que la invasión puede cumplir sus objetivos en 8 semanas? Claro que no. "Los militares, no obstante que parecen haber convencido al señor Nixon que la sobrevivencia de su Doctrina Nixon dependía de su intervención en Camboya, son mucho más vagos en relación a cuándo puede terminar esta incursión y están diciendo ya en privado que sería estúpido devolver el con-



trol de los santuarios, una vez que éstos fueron limpiados". (16). Como se ve, la lógica de la prensa británica y la fidelidad con que transcribe las contradicciones del Pentágono es exacta. Formulando el problema de otra manera, **The Sunday Times** llega a las mismas conclusiones: "aun admitiendo que la operación en Camboya tenga en sí misma un rápido éxito militar, en el sentido de que las bases y depósitos sean destruidos y los comunistas puestos en fuga, quién y qué las protegerá, una vez que los norteamericanos se retiren, de que los comunistas vuelvan y las reconstituyan? El señor Nixon puede estar atemorizado, pero mal podrá sorprenderse si sus consejeros militares lo vuelven a ver dentro de 2 meses y le dicen que, para terminar la tarea, las tropas deben permanecer más tiempo en Camboya e internarse más profundamente en el país. Nixon se encontrará entonces más que nunca en un pantano" (17).

Además, ningún militar con mando en Vietnam puede desconocer tan ciegamente la experiencia recogida en estos años de guerra, años en los cuales las fuerzas patrióticas del norte y sur de Vietnam demostraron esa particular tozudez que irrita a los estrategas del Pentágono y que arruinó tantos bellos planes cibernéticos del inefable señor McNamara. En vísperas de tomar su decisión de invadir Camboya, el presidente Nixon desconoció el veto formulado por el Grupo Especial de Acción, constituido luego de que la República Popular y Democrática de Corea derribó al avión espía EC 121, que había invadido el territorio nordcoreano. Este Grupo, integrado por Henry Kissinger (asesor presidencial para la política exterior), U. Alexis Johnson (subsecretario de Estado), David Packard (representante del Secretario de Defensa), Richard Helms (director de la célebre CIA) y el general Earl Wheeler, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, debe haber contado con la segura aprobación de Wheeler y la oposición de los otros miembros, "computadoras" que, al menos en los papeles, deberían regir la política externa de los EE. UU. Pero, se ha dicho, fue el Pentágono quien presionó y fue el Pentágono quien arrancó la decisión final a Nixon. No les debe haber costado mucho. James Reston, un periodista

(13) "La izquierda indochina frente a los Estados Unidos", en **Le Monde**, abril 29.

(14) "El mundo observa", en **The Times**, mayo 6.

(15) Henry Brandon, "La tentación de la victoria", en **The Sunday Times**, mayo 3.

(16) *Idem* que nota N° 15.

(17) "La apuesta de Nixon en Camboya", en **The Sunday Times**, mayo 3.

muy conocido por sus campañas en favor de una desescalada en Vietnam, lo decía con pocos ambages: "Cualquiera que haya seguido a Nixon en estos años está obligado a comprender hasta qué punto le desagradaría rechazar un consejo de sus comandantes militares, hasta qué punto se cuidaría de tener una confrontación abierta con ellos acerca de problemas militares y con cuánta violencia reaccionaría si pensase que su decisión puede llegar a producir una masacre o, aun peor, una derrota humillante" (18).

Pero, además de ser una decisión nacida de un forcejeo institucional que enfrenta de hecho al parlamento norteamericano y derriba en pocas horas la paciente tarea de propaganda pacifista que, con el programa de "vietnamización", venía desarrollando Nixon, lo más grave de la "Operación Prometeo" es que está construida sobre supuestos falsos y sostiene promesas incumplibles. Describiendo los supuestos militares de la invasión, el especialista Mark Frankland decía desde Pnom Penh (19): "La campaña (...) es una gran operación de "búsqueda y destrucción", llamativamente similar a las operaciones multidivisionales lanzadas por el general Westmoreland contra las zonas de guerra del Vietcong en Vietnam del Sur, en los inicios de 1967. El ataque de Westmoreland contra las hasta ese momento inexpugnables áreas de guerra al este de Saigón causaron pesadas bajas al Vietcong y dislocaron el comando que tenía establecido en la zona. Pero las tropas de Westmoreland no pudieron permanecer en la zona y en el lapso de un año Hanoi estuvo en condiciones de lanzar su ofensiva del Tet. (...).

Si se pasan por alto las ingenuidades de la prensa capitalista, como creer que es Hanoi quien hace y deshace la guerra de liberación, en lugar de las propias fuerzas populares patrióticas de Indochina, es obvio que el análisis es totalmente correcto: la invasión a Camboya no traerá ninguna solución al compromiso norteamericano en el sudeste asiático, derivado de su política de agresión y expansión colonialista.

Es, una vez más, un camino sin salida; cada "cuello de botella" tiene una salida lógica para el Pentágono: extender la guerra. Pero hoy ya no es abstracto describir la real situación por la que atraviesa la aventura imperialista de los Estados Unidos en el sudeste asiático: mientras más separa sus piernas el gigante, a fin de mantener su desafiado equilibrio, más frágil e insostenible se torna su situación. Porque cuando el incendio arda en toda Indochina como ya ha empezado a suceder, ¿no concluirán los cerebros del Pentágono que de lo que se trata es de "limpiar" los santuarios comunistas en... China? La "vietnamización" es una gigantesca pompa de jabón: los que menos creen en ella son los propios hombres del régimen títere de Nguyen Van Thieu, en Saigón. Es precisamente porque no funciona este mecanismo, tan ingenuo e irreal como todas las juguetas pseudocientíficas ideadas por Robert

S. McNamara en tiempos de Kennedy y Johnson, por lo que se ha debido inventar la "Operación Prometeo".

Se trata, claro, de tapar un agujero abriendo otro. ¿Pretenderá acaso el Pentágono "camboyizar" la guerra dentro de unos meses, luego de que las tropas norteamericanas estén bien hundidas en el tembladeral del nuevo conflicto? Los famosos santuarios de que habla la prensa internacional no son, se ha demostrado, decisivos en grado extremo para las fuerzas patrióticas. Los oficiales de academia pierden su tranquilidad ante el descubrimiento de gigantescas instalaciones subterráneas... vacías. Los combatientes de Vietnam y Camboya no sólo son invisibles, intocables, infinitamente reproducibles, ahora son, en la racista jerga de los agresores norteamericanos, "esos malditos topos, que viven bajo tierra y escapan cuando llegan nuestros bravos muchachos". El Alto Mando esperaba realmente encontrarse con algo así como un "Pentágono comunista", hundido en el subsuelo de la jungla camboyana. Los militares norteamericanos deben haber leído en exceso a Emilio Salgari: hasta el 12 de mayo, ningún "cuartel general" fue encontrado en el avance norteamericano, un avance que, de acuerdo a las posibilidades de la publicitada I División de Caballería Aérea, podría haber significado más de mil kilómetros de terreno ganado, pero que en los hechos fue mucho menor, pese a la apertura de un total de cuatro frentes de invasión.

### EL NUEVO BLOQUEO ROJO DE INDOCHINA

A ciertos observadores occidentales les parece que todo se resume en la idea de una Camboya tironeada entre el invasor norteamericano y su oponente vietnamita, mientras el pueblo khmer observa atónito, sin tomar partido. Las cosas, por cierto, no son así. La constitución, primero, del "Frente Unido Nacional de Camboya" (FUNC) y el establecimiento —el 5 de mayo— de un gobierno real de Unión Nacional, presidido (por lo menos hasta el 14 de mayo) desde Pekín por Norodom Sihanouk, indicaron que el combate se establecía en términos internacionalistas sí, pero a partir de particularidades y luchas nacionales. Las filas del FUNC se nutrieron rápidamente de khmers rojos, combatientes que cuentan con armas y organización para militar desde hace años. Además, el programa del gobierno establecido desde Pekín por las fuerzas nacionales de resistencia es de una radical claridad: el mismo expresa su "apoyo a la lucha de los pueblos contra los imperialistas norteamericanos, contra todas las formas de colonialismo, a la lucha del pueblo chino para recobrar Taiwán, a la lucha del pueblo coreano por liberar el sur del país, a la lucha del pueblo árabe y en particular el palestino" (20).

El nuevo gobierno había recogido en una semana el reconocimiento de unos 20 países, entre los cuales Cuba, Siria, Irak, Corea del Norte, Rumania, China, Albania, Vietnam del Norte y Yugoslavia. Ni la URSS ni los demás

(18) James Reston, "El presidente vs. los generales", en *International Herald Tribune*, abril 23.

(19) Mark Frankland, "Nosotros mismos lo haremos mejor", en *The Observer*, mayo 3.

(20) "El gobierno real de Unión Nacional publica un programa "progresista" fundado en la independencia", en *Le Monde*, mayo 7.

signatarios del Tratado de Varsovia, como era previsible dada su habitual cautela diplomática, se apresuraron demasiado en reconocer el gobierno de Unión Nacional formado por los patriotas camboyanos (\*).

Pero mientras la diplomacia de algunos países socialistas confirmaba su desproporcionada "prudencia", los combatientes de toda la península apresuraban la realización de una conferencia "en el vértice", consecuencia directa del golpe contra Sihanouk y la posterior entrada de Pnom Penh en el área de control del Pentágono. La conferencia no hizo más que cerrar la parábola abierta en 1954, cuando la victoria de las fuerzas populares de liberación liquidó al colonialismo francés en Vietnam y determinó la independencia definitiva de Camboya. De aquella época data la férrea camaradería antimperialista nacida entre los combatientes de Vietnam, Camboya y Laos. En Vietnam y Laos la guerra prácticamente no ha tenido respiro en los últimos 15 años, mientras que Camboya gozó de una paz ficticia basada en una neutralidad imposible. Pero en Camboya existían intactas las estructuras de una resistencia armada que ahora emerge, para unirse no sólo al tiempo histórico de Indochina, sino también a sus camaradas de armas del Pathet Lao, del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur y al gobierno de la República Democrática de Vietnam. No extrañó, pues, que fuese Norodom Sihanouk quien llamase a la realización de una "Conferencia, en el vértice, de los tres pueblos indochinos en lucha contra la agresión norteamericana", evento que se hizo efectivo el 24 y 25 de abril, en una ciudad de la República Popular China, ubicada cerca de la península, posiblemente Nanking o Cantón.

A la conferencia concurren el propio Sihanouk, Nguyen Huu Tho (presidente del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur), Pham Van Dong (primer ministro de la RDV), el príncipe Souphanouvong (presidente del Pathet Lao) y —se confirmó días más tarde— la importantísima representación de China, en la persona de Chou En-lai, jefe del gobierno de Pekín.

Esta presencia de Chou En-lai en la conferencia de los pueblos indochinos demostró, entre otras cosas, que cuando Pekín afirmó que "el pueblo chino acuerda su apoyo total a los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya en su lucha contra la agresión del imperialismo norteamericano y considera este

apoyo como un deber internacionalista", o cuando declaró que "Setecientos millones de chinos darán siempre un poderoso apoyo a los tres pueblos de Indochina en la guerra contra la agresión norteamericana y por su salvación nacional" (21), no se trataba de audacias verbales. Así lo ha entendido Sihanouk, quien el cinco de mayo declaraba en Pekín (22) que "Contamos con los países amigos y especialmente con China para que nos envíen el equipo necesario, en particular en el dominio logístico". Es que de la Conferencia de los pueblos indochinos surge con claridad la enorme importancia estratégica que tiene la adopción de un acuerdo entre los combatientes de toda la península, así como el papel decisivo que juega la República Popular China en el combate de los pueblos de toda la región contra la agresión norteamericana. Lo decía claramente hace pocos días Wilfred Burchett (23): "Objetivamente, Nixon y la CIA, que organizaron y aprobaron el golpe de Pnom Penh, han destruido las barreras que impedían aún la unidad de la lucha antimperialista de los pueblos de Indochina contra los norteamericanos. De igual modo, han hecho saltar los obstáculos que impedían aún el desarrollo de la revolución camboyaná. E inclusive, desde el punto de vista militar en lugar de tomar en "sandwich" a las fuerzas del FNL, a lo largo de la zona fronteriza, como descontaban hacerlo, han sido las fuerzas norteamericanas que se han encerrado en todo un torbellino de "sandwiches".

En cuanto a la presencia china (que debe ser vista juntamente con la vigorosa adhesión de Corea del Norte a la lucha de los pueblos indochinos) y su cálida aprobación por los combatientes empeñados en la guerra, no es sino el resultado de la firme posición de principios mantenida por los dirigentes chinos en relación a la guerra de liberación que se libra en la península.

El comunicado firmado el 7 de abril en Pyongyang por el primer ministro Chou En-lai y su colega nordcoreano, Kim Il Sung, especificaba claramente esta posición militante en relación a los pueblos indochinos, mientras que el comunicado del 25 de abril que convalidaron la RDV, el FNL de Vietnam del Sur, el Pathet Lao y el FUNC de Camboya se hace enteramente solidario de las reivindicaciones históricas de los pueblos chino y coreano. Y no es por casualidad. El curso de la guerra de agresión ha dejado malparados a aquellos que hipotecaban el apoyo que el campo socialista debía brindarles a los pueblos chinos en beneficio de un eventual fortalecimiento de las "palomas" en Estados Unidos y de una tendencia favorable a ceder en las negociaciones de París por parte de Hanoi y el FNL.

Los dirigentes chinos no dejaron de afirmar nunca que las llamadas "conversaciones de paz" eran una farsa: gústele o no a mu-

\* N. de PF.— Con posterioridad a esta crónica, redactada al término de la Conferenciaumbre de los Países Indochinos, el gobierno soviético adoptó dos decisiones importantes: a) reconoció al gobierno en exilio de Camboya, presidido por el príncipe Norodom Sihanouk, y b) envió a uno de sus mejores negociadores diplomáticos, el Viceministro de Relaciones Exteriores, Vassily Kuznetsov, a Pekín. La visita del enviado soviético coincidió con otra del Secretario General del Partido de los Trabajadores de Vietnam del Norte, Le Duan. De esa visita, hasta el cierre de esta edición, se conoce una reacción violenta en contra del imperialismo norteamericano aparecida en "Pravda" (calificó de "bandoleros" a los militares yanquis), y otra de la prensa occidental europea en que se destaca la escalada militar soviética en el Medio Oriente, expresada en el aumento del aprovisionamiento de armas a Egipto y en la participación de pilotos soviéticos en la guerra con Israel, limitada su actividad en la defensa del espacio aéreo de Egipto.

(21) "En dos declaraciones, Pekín da su apoyo total a "la lucha de los pueblos indochinos" y rechaza la idea de una nueva conferencia de Ginebra", en *Le Monde*, abril 30.

(22) "Príncipe Sihanouk: contamos especialmente con China para obtener el equipo necesario", en *Le Monde*, mayo 7.

(23) Wilfred Burchett, "¿Sihanouk volverá al poder?", en *Africasia* N° 14, abril 27.

chos, la invasión norteamericana a Camboya viene a darles completa razón. Esto fue así, mientras la Unión Soviética continuaba en su tendencia a confundir deseos con realidades. Pero la "paz" que la URSS quería en el sudeste asiático no era, ni mucho menos, lo que pretendían los jefes de Washington, así como la tendencia negociadora no era, ni mucho menos, aquella que prevalecía en los Estados Unidos. Además, mientras China y Corea del Norte alertaban contra la creciente agresividad del militarismo japonés y del gobierno derechista de Eisaku Sato, Moscú insistía en desarrollar cordialísimas relaciones con Tokio, llegando hasta conceder a la compañía aérea JAL de bandera japonesa la prioridad en la apertura de la ruta comercial Europa Occidental-Extremo Oriente a través de Siberia. La URSS no demostró ninguna cordialidad especial hacia la formación del gobierno de unión nacional de Norodom Sihanouk en Pekín, mientras la agencia TASS se limitaba a publicar comunicados donde el gobierno soviético sólo expresaba "consternación", "irritación", "indignación" y otros padecimientos morales por el estilo.

Pero la invasión norteamericana a Camboya representa para la URSS la imposibilidad de continuar su política de coexistencia a cualquier precio con los Estados Unidos y su cordialidad sin límites con los japoneses, a riesgo de perder definitivamente cualquier presencia política en el sudeste asiático. Esto lo ve con claridad la mejor prensa capitalista; Dev Murarka decía hace pocos días en *The Observer* (24) que "desde el comienzo de la guerra de Vietnam, Moscú ha estado explorando cautelosa y lentamente las posibilidades de un acuerdo pacífico. La influencia soviética en Hanoi ha sido usada para este fin en una extensión mucho más grande de lo que el mundo supone. No sorprende, pues, que los rusos sientan que han sido abofeteados en la cara por el presidente Nixon".

Sigue diciendo Murarka: "la extensión del conflicto por los norteamericanos niega todos los esfuerzos soviéticos hasta la fecha para contener la influencia china. Cuanto más los norteamericanos empujan a toda Indochina a la guerra, más los consejos chinos en favor de una violenta y amarga guerra del pueblo contra los Estados Unidos encontrarán aceptación. Así, los chinos ganarán influencia en Hanoi y adquirirán, asimismo, una mayor influencia en Camboya y Laos". Estas lógicas conclusiones deben ser comparadas con una declaración del gobierno chino, fechada el 28 de abril: "En la hora actual, prevalece una situación excelente en lo que concierne a la guerra librada por los tres pueblos de Indochina contra la agresión norteamericana y por su salvación nacional" (25).

Se trata, como se ve, de dos puntos de vista: aquel que considera a una guerra de liberación como una tragedia y aquel que la considera como el sacrificio necesario de un pueblo para obtener su libertad. Hasta tal

punto la URSS ha venido pensando en los últimos años que las guerras de liberación son desgracias que recientemente el representante soviético en la ONU, Jacob Malik, jugó el peor paso que la diplomacia de Moscú ha cumplido en varios años. En efecto, el 19 de abril, Malik declaró en Nueva York que "parece que sólo una nueva conferencia de Ginebra podría procurar una solución fresca y el relajamiento de la tensión en la península indochina" (26).

Cuesta pensar en una lasitud no deliberada, pero ¿cómo explicar que recién el 24 de abril, más de un mes después del golpe de Pnom Penh, el gobierno soviético haya dado a conocer, a través de la TASS, su primera declaración de condena al golpe y a las maniobras norteamericanas en Indochina? La misma demora se hizo evidente a continuación de la conferencia en el vértice realizada por los dirigentes de los combatientes indochinos: el 29 de abril (cuatro días después de terminado el evento) sólo el diario moscovita *La Industria Soviética* se hacía eco de la histórica reunión y, sin emitir opinión alguna, sintetizaba una parte de la declaración conjunta.

### LA MORALEJA DE CAMBOYA

Los Estados Unidos han extendido la guerra, mientras le dicen al mundo que así entienden terminarla. Pero extendiendo el escenario de sus tropelías, los soldados norteamericanos no han hecho otra cosa que hacer de toda Indochina un gigantesco Vietnam. Así las cosas, deviene natural, lógica y reconfortante la alianza política, diplomática y militar de aquellos que, armas en la mano, se baten en todo el sudeste asiático contra la política de agresión de Estados Unidos.

¿Hace falta hilar muy fino para no ver la demoleadora vigencia del histórico mensaje del Comandante Ernesto Che Guevara a la Tricontinental, en abril de 1967, cuando indicaba que "la consigna de la hora es crear dos, tres, muchos Vietnam"? Han sido los propios norteamericanos quienes parecen haber escuchado con atención la profecía del comandante guerrillero; pero ellos creen que cada Vietnam que inician o incendian les traerá la victoria. Sin embargo, lo que arde en Indochina es un inflamable contra el que el Pentágono aún no ha inventado ningún producto capaz de apagarlo: "se trata — como afirmó el periodista francés Alain Bouc (27) — del socialismo del Tercer Mundo, combativo y exigente, y que rechaza los compromisos de los países ricos".

Contra ese socialismo del Tercer Mundo, los 400 helicópteros de la I División de Caballería Aérea norteamericana demostrarán ser, sin bromas, sólo un "tigre de papel".

JOSE RICARDO ELIASCHEV  
Roma

(24) Dev Murarka, "Camboya: una bofetada en la cara para los rusos", en *The Observer*, mayo 3.

(25) Idem nota N° 21.

(26) Anatole Shub, "Signos en París de que aún vive la idea de conversaciones sobre Indochina", en *The Washington Post*, abril 24.

(27) Alain Bouc, "El nuevo bloque socialista de Extremo Oriente", en *Le Monde*, mayo 3-4.